

Marcel Proust

En busca del tiempo perdido

5. La prisionera

Traducción de Consuelo Berges



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *À la recherche du temps perdu, 5. La Prisonnière*

Primera edición: 1968
Tercera edición: 2011
Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: *Joven francesa con tocado* (1902)
© Ullstein / Cordon Press
Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Fundación Consuelo Berges
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1968, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0000-0 (O. C.)
ISBN: 978-84-206-5362-4 (Tomo 5)
Depósito legal: B. 8.966-2011
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Muy de mañana, mirando todavía a la pared y sin haber visto aún el matiz de la raya del día sobre las grandes cortinas de la ventana, sabía ya qué tiempo hacía. Me lo decían los primeros ruidos de la calle, según llegaran amortiguados y desviados por la humedad o vibrantes como flechas en el aire resonante y vacío de una mañana espaciosa, glacial y pura; en el paso del primer tranvía notaba yo si rodaba atarido en la lluvia o iba camino del azur. Y acaso a estos ruidos se había anticipado alguna emanación más rápida y más penetrante que, filtrándose en mi sueño, le infundía una tristeza que presagiaba la nieve o bien hacía entonar en él a cierto pequeño personaje intermitente tan numerosos cánticos a la gloria del sol, que acababan por provocar en mí, dormido aún, con un asomo de sonrisa y dispuestos los párpados cerrados a dejarse deslumbrar, un estrepitoso despertar en música. En aquella época, yo percibía la vida exterior sobre todo desde mi cuarto. Sé que Bloch contó que, cuando iba a verme por la noche, oía un rumor de conver-

sación. Como mi madre estaba en Combray y él no encontraba nunca a nadie en mi habitación, dedujo que hablaba solo. Cuando, mucho más tarde, supo que Albertina vivía entonces conmigo y comprendió que la escondía de todo el mundo, dijo que por fin veía la razón de que, en aquella época de mi vida, nunca quisiera salir. Se equivocaba. Pero era muy disculpable, pues la realidad, aunque sea necesaria, no es completamente previsible; los que se enteran de algún detalle exacto sobre la vida de otro sacan en seguida consecuencias que no lo son y ven en el hecho recién descubierto la explicación de cosas que precisamente no tienen ninguna relación con él.

Cuando ahora pienso que mi amiga, a nuestro regreso de Balbec, fue a vivir bajo el mismo techo que yo, que renunció a la idea de hacer un viaje, que su habitación estaba a veinte pasos de la mía, al final del pasillo, en la sala de tapices de mi padre, y que todas las noches, muy tarde, antes de dejarme deslizaba su lengua en mi boca, como un pan cotidiano, como un alimento nutritivo y con el carácter casi sagrado de toda carne a la que los sufrimientos que por ella hemos padecido han acabado por conferirle una especie de dulzura moral, lo que evoco inmediatamente por comparación no es la noche que el capitán De Borodino me permitió pasar en el cuartel, por un favor que, en suma, sólo curaba un malestar efímero, sino aquella en que mi padre envió a mamá a dormir en la pequeña cama junto a la mía. Hasta tal punto la vida, cuando tiene una vez más que librarnos, contra toda previsión, de sufrimientos que parecían inevitables, lo hace en condiciones diferentes, opuestas a veces, tanto que hay casi un sacrilegio aparente en comprobar la identidad de la gracia concedida.

Cuando Albertina se enteraba por Francisca de que, en la noche de mi cuarto con las cortinas cerradas todavía, no dormía, no se cuidaba de no hacer un poco de ruido, al bañarse, en su tocador. Entonces, en vez de esperar a una hora más tardía, yo solía ir a mi cuarto de baño, contiguo al suyo y que era agradable. En otro tiempo, un director de teatro gastaba centenares de miles de francos en constelar de verdaderas esmeraldas el trono en que la diva hacía un papel de emperatriz. Los bailes rusos nos han enseñado que unos simples juegos de luces sabiamente dirigidos prodigan joyas tan suntuosas y más variadas. Pero esta decoración, ya más inmaterial, no es tan graciosa como la que, a las ocho de la mañana, pone el sol en la que veíamos cuando nos levantábamos al mediodía. Las ventanas de nuestros dos cuartos de baño no eran lisas, para que no pudieran vernos desde fuera, sino esmeriladas de una escarcha artificial y pasada de moda. De pronto, el sol teñía de amarillo aquella museлина de vidrio, la doraba y, descubriendo dulcemente en mí un joven más antiguo que el hábito había ocultado mucho tiempo, me embriagaba de recuerdos, como si estuviera en plena naturaleza ante unos follajes dorados donde ni siquiera faltaba la presencia de un pájaro. Pues oía a Albertina silbar sin tregua:

*Les douleurs sont des folles,
Et qui les écoute est encor plus fou¹.*

La quería demasiado para no sonreír gozosamente de su mal gusto musical. Por lo demás, aquella canción había entusiasmado el año anterior a madame Bontemps, la cual oyó

1. «Los pesares son locos y más loco es aún quien los escucha.»

decir después que era una ineptia, de suerte que, en lugar de pedir a Albertina que la cantara cuando había gente, la substituyó por:

*Une chanson d'adieu sort des sources troublées*¹,

que a su vez resultó «un viejo estribillo de Massenet con el que la pequeña nos machacaba los oídos».

Pasaba una nube, eclipsaba el sol y yo veía extenderse en un tono grisáceo la púdica y frondosa cortina de vidrio. Los tabiques que separaban nuestros dos cuartos de baño (el de Albertina era uno que mamá, como tenía otro en la parte opuesta de la casa, no había utilizado nunca para no hacer ruido cerca de mí) eran tan delgados que podíamos hablarnos mientras nos lavábamos cada uno en el nuestro, siguiendo una charla sólo interrumpida por el ruido del agua, en esa intimidad que en el hotel suele permitir la exigüidad del alojamiento y la proximidad de las habitaciones, pero que es tan rara en París.

Otras veces permanecía acostado, soñando todo el tiempo que quería, pues había orden de no entrar nunca en mi cuarto antes de que yo llamase, lo que, por la incómoda posición de la pera eléctrica encima de mi cama, requería tanto tiempo que muchas veces, cansado de buscarla y contento de estar solo, casi volvía a dormirme unos momentos. No es que yo fuese completamente indiferente a la estancia de Albertina en nuestra casa. El estar separada de sus amigas conseguía evitar a mi corazón nuevos sufrimientos. Lo mantenía en un reposo, en una casi inmovilidad que le ayudarían a curarse. Pero al fin y al cabo aquella calma que me

1. «Una canción de despedida surge de fuentes turbias.»

procuraba mi amiga era lenitivo del sufrimiento más que alegría. Y no es que no me permitiera gustarlas numerosas, pero estas alegrías que el dolor demasiado vivo me impediría sentir, lejos de debérselas a Albertina, que por otra parte ya no me parecía apenas bonita y con la cual me aburría, sintiendo la clara sensación de no amarla, las gustaba, por el contrario, cuando Albertina no estaba conmigo. En consecuencia, para comenzar la mañana, no la llamaba en seguida, sobre todo si hacía bueno. Durante unos instantes, y sabiendo que me hacía más feliz que ella, empezaba por quedarme frente a frente con el pequeño personaje interior que cantaba su saludo al sol y del que ya he hablado. Entre los que componen nuestra persona, no son los más aparentes los que nos son más esenciales. En mí, cuando la enfermedad haya acabado de derribarlos uno tras otro, quedarán todavía dos o tres de ellos que persistirán más que los otros, especialmente cierto filósofo que sólo es feliz cuando, entre dos obras, entre dos sensaciones, ha descubierto un punto común. Pero me he preguntado a veces si el último de todos no sería aquel hombrecito muy parecido a otro que el óptico de Combray puso en su escaparate para indicar el tiempo que hacía y que, quitándose la capucha cuando hacía sol, se la volvía a poner cuando iba a llover. Conozco el egoísmo de ese hombrecito: ya puedo sufrir una crisis de asma que sólo calmaría la venida de la lluvia, a él le tiene sin cuidado, y a las primeras gotas tan impacientemente esperadas pierde su alegría y se baja la capucha malhumorado. En cambio, estoy seguro de que en mi agonía, cuando hayan muerto ya todos mis otros «yos», si sale un rayo de sol mientras yo lanzo el último suspiro, el personajillo barométrico se sentirá tan a gusto y se quitará la capucha para cantar: «¡Ah, por fin hace bueno!».

Llamaba a Francisca. Abría *Le Figaro*. Buscaba y comprobaba que no venía en él un artículo, o supuesto artículo, que había mandado a este periódico y que no era más que la página recientemente encontrada y un poco arreglada que había escrito tiempo atrás en el coche del doctor Percepied mirando los campanarios de Martinville. Después leía la carta de mamá. Le parecía raro, chocante, que una muchacha viviera sola conmigo. El primer día, al salir de Balbec, cuando me vio tan triste, tal vez mi madre, preocupada por dejarme solo, estaba contenta de saber que Albertina iba con nosotros y de ver que con nuestros equipajes (los equipajes junto a los cuales había pasado yo la noche llorando en el hotel Balbec) habían cargado en el trenecillo los baúles de Albertina, estrechos y negros como ataúdes y que yo no sabía si llevarían a la casa la vida o la muerte. Pero con aquella alegría de llevarme a Albertina en la radiante mañana después del miedo de permanecer en Balbec, ni siquiera me lo había preguntado. Pero si al principio mi madre no se había mostrado hostil a aquel proyecto (hablando amablemente a mi amiga como una madre cuyo hijo acaba de ser gravemente herido y que está agradecida a la joven amante que le cuida con abnegación), sí lo fue una vez realizado por completo y al prolongarse la estancia de la muchacha en nuestra casa y estando ausente de ella mis padres. Pero no puedo decir que mi madre me manifestó nunca esta hostilidad. Como en otro tiempo cuando ya no se atrevía a reprocharme mi nerviosismo, mi pereza, ahora sentía escrúpulos –escrúpulos que, en el momento, quizá no adiviné, o no quise adivinar– de formular algunas reservas sobre la muchacha con la que le había dicho que me iba a casar, por miedo a ensombrecer mi vida, a que fuera más tarde menos cariñoso con mi mujer, acaso a sembrar en mí, para cuando

ella ya no existiera, el remordimiento de haberla apenado casándome con Albertina. Mamá prefería aparentar que aprobaba aquella elección porque tenía el sentimiento de que no podría hacerme desistir de ella. Pero todos los que la vieron en aquella época me han dicho que, aparte el dolor de haber perdido a su madre, se le notaba una perpetua preocupación. Aquella contención de espíritu, aquella discusión interior, le producían a mamá un gran calor en las sienes, y abría continuamente las ventanas para refrescarse. Pero no llegaba a tomar una decisión, por miedo a «influir en mí» en un mal sentido y destruir lo que ella creía mi felicidad. Ni siquiera podía decidirse a impedir que Albertina estuviera temporalmente en nuestra casa. No quería mostrarse más severa que madame Bontemps, que era a quien concernía principalmente aquello, y a la que no le parecía mal, lo que sorprendía mucho a mi madre. En todo caso lamentaba haber tenido que dejarnos solos y marcharse precisamente en aquel momento a Combray, donde quizá tuviera que quedarse (y de hecho se quedó) muchos meses, mientras mi tía abuela la necesitara noche y día. En Combray todo le resultó fácil gracias a la bondad, a la generosidad de Legrandin, que, sin retroceder ante ninguna molestia, fue aplazando de semana en semana su regreso a París, y eso que no conocía mucho a mi tía, simplemente porque había sido amiga de su madre y además porque se dio cuenta de que la enferma desahuciada reclamaba sus cuidados y no podía pasar sin él. El *snobismo* es una enfermedad grave del alma, pero localizada y que no afecta a toda ella. Pero yo, al contrario de mamá, estaba muy contento de su marcha a Combray, porque (como no podía decir a Albertina que la ocultara) hubiera temido que descubriera su amistad con mademoiselle Vinteuil. Habría sido para mi madre

un obstáculo insuperable no sólo para una boda de la que me había pedido que no hablara todavía definitivamente a mi amiga y cuya idea me era cada vez más intolerable, sino para que Albertina pasara algún tiempo en la casa. Excepto una razón tan grave y que ella no conocía, mamá, por el doble efecto de la imitación edificante y liberadora de mi abuela, admiradora de George Sand y que ponía la virtud en la nobleza del corazón y, por otra parte, de mi propia influencia corruptora, ahora era indulgente con unas mujeres cuya conducta habría reprobado severamente antes, e incluso hoy si se tratara de sus amigas burguesas de París o de Combray, pero que, según yo le decía, tenían un alma grande, y les perdonaba mucho porque me querían.

De todos modos, y aun dejando aparte la cuestión de conveniencia, creo que Albertina no se hubiera entendido con mamá, que conservaba de Combray, de mi tía Leontina, de todas sus parientas, unos hábitos de orden de los que mi amiga no tenía ni idea. No cerraría una puerta, y, en cambio, cuando una puerta estaba abierta, entraba tan despreocupada como lo haría un perro o un gato. De suerte que su encanto, un poco incómodo, era estar en la casa, más que como una muchacha, como un animal doméstico que entra en una habitación, que sale, que se encuentra donde menos se espera y que —y esto era para mí un profundo descanso— venía a tenderse en mi cama junto a mí, a hacerse en ella un sitio del que ya no se movía, sin molestar como molestaría una persona. Pero acabó por adaptarse a mis horas de sueño, no sólo a no intentar entrar en mi cuarto, sino a no hacer ruido hasta que yo llamara. Fue Francisca quien le impuso estas reglas. Francisca era de esas domésticas de Combray que saben el valor de su amo y que lo menos que pueden hacer es exigir que les den todo lo que

ellas creen que se le debe. Cuando un visitante forastero le daba a Francisca una propina para repartir con la pincha de cocina, apenas el donante había entregado su moneda, Francisca, con una rapidez, una discreción y una energía ejemplares, iba a dar la lección a la pincha, que acudía a dar las gracias no con medias palabras, sino francamente, claro y alto, como Francisca le había dicho que había que hacerlo. El cura de Combray no era un genio, pero también sabía lo que había que saber. Bajo su dirección, se había convertido al catolicismo la hija de unos primos protestantes de madame Sazerat, y la familia se portó perfectamente con él. Se trató de una boda con un noble de Méséglise. Los padres del joven escribieron, para pedir informes, una carta bastante desdeñosa y en la que se aludía con desprecio al origen protestante. El cura de Combray contestó en un tono tan adecuado que el noble de Méséglise, reverencioso y prosternado, escribió una segunda carta muy diferente solicitando como un gran favor casarse con la joven conversa.

En Francisca no fue ningún mérito hacer que Albertina respetara mi sueño. Estaba acostumbrada por la tradición. Por un silencio que guardó, o por la respuesta perentoria que dio a una proposición de entrar en mi cuarto o de mandar a pedirme algo, que debió de formular inocentemente Albertina, comprendió ésta con estupor que se encontraba en un mundo extraño, de costumbres desconocidas, regido por unas leyes de vida que no se podía pensar en infringir. Ya había tenido un primer presentimiento de esto en Balbec, pero en París ni siquiera intentó resistir y esperó pacientemente cada mañana mi campanillazo para atreverse a hacer ruido.

La educación que le dio Francisca fue saludable además para nuestra vieja sirvienta, calmando poco a poco los ge-

midos que no cesaba de lanzar desde que volvimos de Balbec. Pues, al subir al tren, se dio cuenta de que había olvidado despedirse de la «gobernanta» del hotel, una persona bigotuda que vigilaba los pisos y que apenas conocía a Francisca, pero que había sido relativamente atenta con ella. Francisca se empeñaba en volver atrás, apearse del tren, tornar al hotel, despedirse de la gobernanta y no marcharse hasta el día siguiente. La sensatez y, sobre todo, mi súbito horror por Balbec me impidieron concederle esta gracia, pero Francisca había contraído un mal humor enfermizo y febril que el cambio de aires no llegó a suprimir y que se prolongaba en París. Pues, según el código de Francisca, tal como aparece ilustrado en los bajorrelieves de Saint-André-des-Champs, desear la muerte de un enemigo, y aun dársela, no está prohibido, pero es horrible no hacerlo que se debe, no corresponder a una fineza, no despedirse antes de marcharse, como una verdadera mal educada, de una gobernanta de piso. Durante todo el viaje, el recuerdo, constantemente renovado, de no haberse despedido de aquella mujer puso en las mejillas de Francisca un vermellón alarmante. Y si dejó de beber y de comer hasta París, probablemente fue porque aquel recuerdo le ponía un verdadero «peso en el estómago» (cada clase social tiene su patología) más aún que por castigar.

Entre las causas de que mamá me mandara todos los días una carta, y una carta en la que nunca faltaba alguna cita de madame de Sévigné, estaba el recuerdo de mi abuela. Mamá me escribía: «Madame Sazerat nos ha dado una de esas comiditas de las que ella tiene el secreto y que, como diría tu pobre abuela citando a madame de Sévigné, nos sacan de la soledad sin darnos compañía». En mis primeras respuestas, cometí la tontería de escribir a mamá: «Tu ma-

dre te reconocería en seguida en esas citas». Lo que, tres días después, me valió estas palabras: «Pobre hijo mío, si era por hablarme de *mi madre*, invocas muy inoportunamente a madame de Sévigné; ésta te habría contestado como contestó ella a madame de Grignan: “¿No era nada tuyo? Creía que erais parientes”».

Entre tanto, yo oía los pasos de mi amiga que salía de su habitación o entraba en ella. Llamé, pues era la hora en que iba a venir Andrea con el chófer, amigo de Morel y prestado por los Verdurin, a buscar a Albertina. Había hablado a ésta de la posibilidad lejana de casarnos; pero no lo había hecho nunca formalmente; ella misma, por discreción, cuando le dije: «No sé, pero quizá sea posible», movió la cabeza con una melancólica sonrisa diciendo: «No, no será posible», lo que significaba: «Soy demasiado pobre». Y entonces, a la vez que decía: «Es muy poco seguro», cuando se trataba de proyectos para el futuro, en aquel momento hacía todo lo posible por distraerla y hacerle la vida agradable, quizá tratando también, inconscientemente, de despertar en ella el deseo de casarse conmigo. Ella misma se reía de todo aquel lujo. «Qué cara pondría la madre de Andrea al verme convertida en una dama rica como ella, lo que ella llama una señora que tiene “caballos, carruajes, cuadros”. Pero ¿no te he contado nunca que decía esto? ¡Oh, es un tipo! Lo que me extraña es que eleve los cuadros a la dignidad de los caballos y de los carruajes.»

Ya veremos más adelante que Albertina, a pesar de los estúpidos hábitos de hablar que aún conservaba, había progresado extraordinariamente. Lo que me era completamente igual, pues las superioridades intelectuales de una mujer me han interesado siempre muy poco. Sólo me hubiera gustado, quizá, el curioso talento de Celeste.

A pesar mío, sonreía un momento cuando, por ejemplo, al enterarse de que no estaba Albertina, me abordaba con estas palabras:

—¡Divinidad del cielo depositada en una cama!

Yo le decía:

—Pero vamos a ver, Celeste, ¿por qué «divinidad del cielo»?

—Bueno, si usted cree que tiene algo de los que viajan sobre nuestra miserable tierra, se equivoca.

—Pero ¿por qué «depositada» en una cama? Ya ve que estoy acostado.

—Usted no está nunca acostado. ¿Cuándo se ha visto una persona acostada así? Lo que ha hecho es posarse ahí. En este momento, su pijama, tan blanco, y ese modo de mover el cuello, le da un aire de paloma.

Albertina, hasta en el orden de las cosas tontas, se expresaba de manera muy diferente que la muchachita que había sido en Balbec hacía sólo unos años. Llegaba a decir, a propósito de un hecho político que ella reprobaba: «Eso me parece formidable», y no recuerdo si fue por entonces cuando, refiriéndose a un libro que encontraba mal escrito, aprendió a expresarse así: «Es interesante, pero está *como escrito por un cerdo*».

La prohibición de entrar en mi cuarto antes de que yo llamase le hacía mucha gracia. Como llegó también a adoptar nuestra costumbre familiar de las citas y empleaba las de las piezas de teatro que ella había representado en el convento y que yo le había dicho que me gustaban, me comparaba siempre con Asuero:

*Et la mort est le prix de tout audacieux
Qui sans être appelé se présente à ses yeux.*

*Rien ne met à l'abri de cet ordre fatal
Ni le rang, ni le sexe, et le crime est égal.
Moi-même...
Je suis à cette loi comme une autre soumise,
Et sans le prévenir il faut pour lui parler
Qu'il me cherche ou du moins qu'il me fasse appeler¹.*

Físicamente también había cambiado. Sus rasgados ojos azules –más alargados– no tenían la misma forma; sí el mismo color, pero parecía como si hubieran pasado al estado líquido. Tanto que, cuando los cerraba, era como cuando se corren las cortinas y ya no se ve el mar. Cada noche, al dejarla, yo recordaba sobre todo esta parte de ella. En cambio, cada mañana, su pelo alborotado, por ejemplo, me causó durante mucho tiempo la misma sorpresa, como si fuera una cosa nueva que no había visto nunca. Y, sin embargo, ¿hay algo más bello, después de la mirada sonriente de una muchacha, que esa corona ondulada de violetas negras? La sonrisa es más bien cosa de amistad; pero los pequeños tirabuzones brillantes de la cabellera florecida, más parientes de la carne y como su trasposición en leves olas, prenden más el deseo.

Apenas en mi cuarto, saltaba sobre la cama y a veces definía mi tipo de inteligencia, juraba, en sincero arrebató, que prefería morir a dejarme: esto ocurría los días en que me había afeitado antes de llamarla. Era de esas mujeres que no saben explicar la razón de lo que sienten. El placer que les

1. «Y la muerte es el precio que paga el temerario / que ante él se presenta sin haberle llamado. / Nada puede eximir de esta orden fatal, / ni la estirpe ni el sexo, que igual es el delito. / Yo misma... / sometida a esa ley, como cualquiera, estoy, / y esperar es preciso, para hablarle, / que sea él quien me busque o, al menos, me requiera.»

causa una piel fresca lo explican por las cualidades morales del que creen que les ofrece una felicidad para el futuro, que es capaz, además, de perder atractivo y de resultar menos necesario a medida que se deja crecer la barba.

Le preguntaba a dónde pensaba ir.

—Creo que Andrea quiere llevarme a las Buttes-Chaumont, que no conozco.

Entre tantas otras palabras, me era imposible adivinar si éstas escondían una mentira. Por otra parte, tenía confianza en que Andrea me diría todos los lugares a donde iba con Albertina. En Balbec, cuando me sentí muy cansado de Albertina, había pensado decirle a Andrea esta mentira: «¡Ay, Andreíta, lástima no haberla conocido antes! Sería de usted de quien me hubiera enamorado. Pero ahora mi corazón está preso en otro sitio. De todos modos podremos vernos mucho, pues mi amor a otra me causa grandes disgustos y usted me ayudará a consolarme». Estas mismas palabras embusteras resultaban verídicas pasadas tres semanas. Acaso Andrea creyó en París que era en efecto una mentira y que la amaba, como seguramente lo habría creído en Balbec. Pues la verdad cambia para nosotros de tal modo que a los demás les es difícil reconocerse en ella. Y como yo sabía que Andrea me iba a contar todo lo que hicieran Albertina y ella, le pedí, y lo aceptó, que viniera a buscarla casi todos los días. Así, yo podría quedarme en casa sin preocupación. Y aquel prestigio de Andrea de ser una de las muchachas de la pandilla me hacía confiar en que ella conseguiría de Albertina todo lo que yo quisiera. Y ahora sí que podría decirle con toda verdad que ella sería capaz de tranquilizarme.

Por otra parte, al elegir a Andrea (que había renunciado a su proyecto de volver a Balbec y se encontraba en París) como guía de mi amiga, pensaba en lo que Albertina me

contó del afecto que su amiga me tenía en Balbec, en un momento en que, por el contrario, yo temía serle desagradable, y si lo hubiera sabido entonces, acaso fuera a Andrea a quien amara.

—Pero ¿es que no lo sabías? —me dijo Albertina—; pues nosotras bromeábamos mucho con esto. ¿Y no notaste que empezó a adoptar tus maneras de hablar, de razonar? Sobre todo cuando acababa de dejarte, era impresionante. No necesitaba decirnos que te había visto. En cuanto llegaba, si venía de estar contigo, se le notaba en el primer segundo. Nosotras nos mirábamos y nos reíamos. Andrea era como un carbonero que quiere hacer creer que no es carbonero, y está todo negro. Un molinero no necesita decir que es molinero, se ve perfectamente toda la harina que lleva encima y el sitio de los sacos que ha cargado. Lo mismo pasaba con Andrea, enarcaba las cejas como tú y después doblaba el cuello tan largo; en fin, no puedo decirte. Cuando cojo un libro que ha estado en tu cuarto, ya puedo leerlo fuera, que de todos modos se sabe que viene de tu casa, porque conserva algo de tus repugnantes fumigaciones. Es una nadería, no sabría decirte en qué consiste, pero, en el fondo, es una nadería bastante simpática. Cada vez que alguien hablaba bien de ti, que parecía tenerte en mucho, Andrea estaba feliz.

A pesar de todo, para evitar que se preparara algo a espaldas mías, yo aconsejaba renunciar aquel día a las Buttes-Chaumont e ir más bien a Saint-Cloud o a otro sitio.

Desde luego, y yo lo sabía, no era que amase a Albertina en absoluto. El amor no es quizá otra cosa que la propagación de esos oleajes con que una emoción sacude el alma. Algunos sacudieron la mía hasta el fondo cuando Albertina me habló en Balbec de mademoiselle Vinteuil, pero ahora

se habían aquietado. Ya no amaba a Albertina, pues no me quedaba nada del dolor que sentí en el tren de Balbec al enterarme de cómo había sido la adolescencia de Albertina, quizá con visitas a Montjouvain. Todo aquello, pensé durante mucho tiempo, se había curado. Pero en algunos momentos ciertas maneras de hablar de Albertina me hacían suponer —no sé por qué— que, en su vida, todavía tan corta, había debido de recibir muchos cumplidos, muchas declaraciones, y que las había recibido con placer, es decir, con sensualidad. A propósito de cualquier cosa, decía: «¿Es verdad?, ¿es de veras?». Claro que si hubiera dicho como una Odette: «¿Es verdad esa mentira tan gorda?», no me habría preocupado, pues la misma ridiculez de la fórmula se habría explicado por una estúpida trivialidad mental de mujer. Pero su tono interrogador: «¿Es verdad?», causaba, por una parte, la extraña impresión de una criatura que no puede darse cuenta de las cosas por sí misma, que apela a nuestro testimonio como si ella no tuviera las mismas facultades que nosotros (si le decían: «Hace una hora que salimos», o: «Está lloviendo», preguntaba: «¿Es verdad?»). Desgraciadamente, además, esta falta de facilidad para darse cuenta por sí misma de los fenómenos exteriores no debía de ser el verdadero origen de sus «¿Es verdad?, ¿de veras?». Más bien parecía que estas palabras fueran, desde su nubilidad precoz, respuestas a: «No he conocido nunca a una persona tan bonita como tú», «estoy enamorado de ti, me encuentro en un estado de excitación terrible». Afirmaciones a las cuales contestaba, con una modestia coquetamente consentidora, con aquellos «¿Es verdad?, ¿de veras?», que conmigo ya no le servían a Albertina más que para contestar con una pregunta a una afirmación como: «Te has quedado dormida más de una hora. —¿De veras?».

Sin sentirme en absoluto enamorado de Albertina, sin incluir en el número de los placeres los momentos que pasábamos juntos, seguía preocupándome el empleo de su tiempo; cierto que había huido de Balbec para estar seguro de que Albertina no podría ver a esta o a la otra persona con la que yo tenía miedo de que hiciera el mal riendo, acaso riéndose de mí; cierto que había intentado hábilmente romper de una vez, con mi partida, todas sus malas relaciones. Y Albertina tenía tal fuerza de pasividad, tal facultad de olvidar y someterse, que, en efecto, sus relaciones quedaron rotas y curada la fobia que me obsesionaba. Pero ésta puede adoptar tantas formas como el incierto mal que la suscita. Mientras mis celos no reencarnaron en seres nuevos, tuve un intervalo de calma después de los pasados sufrimientos. Pero el menor pretexto puede hacer renacer una enfermedad crónica, de la misma manera que la menor ocasión puede servir para que la persona causante de estos celos ejerza su vicio (después de una tregua de castidad) con otros seres diferentes. Yo había logrado separar a Albertina de sus cómplices y exorcizar así mis alucinaciones; se podía hacerle olvidar a las personas, abreviar sus amistades, pero su inclinación al placer era crónica y acaso sólo esperaba una ocasión para ejercerse. Ahora bien, París ofrecía tantas como Balbec. En cualquier ciudad que fuere no necesitaba buscar, pues el mal no estaba en Albertina sola, sino en otras para quienes toda ocasión de placer es buena. Una mirada de una, en seguida captada por la otra, junta a las dos hambrientas. Y a una mujer diestra le es fácil aparentar que no ve y a los cinco minutos ir hacia la persona que ha entendido y la espera en una calle transversal, y le da en dos palabras una cita. ¿Quién lo sabrá jamás? ¡Y era tan sencillo para Albertina decirme, para que la cosa continua-

ra, que deseaba volver a ver cualquier punto de las cercanías de París que le había gustado! Bastaba, pues, que volviera muy tarde, que su paseo durara un tiempo inexplicable, aunque quizá muy fácil de explicar (sin que interviniera ninguna razón sensual), para que renaciera mi mal, unido esta vez a representaciones que no eran de Balbec, y que procuraría destruir lo mismo que las anteriores, como si la destrucción de una causa efímera pudiera implicar la de un mal congénito. No me daba cuenta de que, en aquellas destrucciones donde tenía por cómplice la capacidad de Albertina para cambiar, su facilidad para olvidar, casi para odiar, al objeto reciente de su amor, yo causaba a veces un profundo dolor a uno o a otro de aquellos seres desconocidos con los que Albertina había gozado sucesivamente, y de que aquel dolor lo causaba en vano, pues serían abandonados, pero sustituidos, y, paralelamente al camino jalonado por tantos abandonos que ella cometería a la ligera, proseguiría para mí otro camino implacable, interrumpido apenas por muy breves descansos; de suerte que, bien pensado, mi sufrimiento no podía acabar más que con Albertina o conmigo. Ya en los primeros tiempos de nuestra llegada a París, insatisfecho de lo que Andrea y el chófer me decían sobre los paseos con mi amiga, los alrededores de París me resultaban tan odiosos como los de Balbec, y me fui unos días de viaje con Albertina. Pero en todas partes la misma incertidumbre de lo que Albertina hacía, igual de numerosas las posibilidades de que lo que hacía fuera malo, más difícil aún la vigilancia, tanto que me volví con ella a París. En realidad, al dejar Balbec, había creído dejar Gomorra, arrancar de Gomorra a Albertina; pero, ¡ay de mí!, Gomorra estaba dispersa en los cuatro extremos del mundo. Y mitad por mis celos, mitad por mi ignorancia de aquellos goces

(cosa muy rara), había preparado sin querer aquel juego al escondite en el que Albertina se me escapaba siempre. Le preguntaba a quemarropa:

–¡Ah!, a propósito, Albertina, ¿lo he soñado, o me dijiste una vez que conocías a Gilberta Swann?

–Sí, bueno, me habló en clase, porque ella tenía los cuadernos de historia de Francia, y estuvo muy simpática, me los prestó y se los devolví también en clase, no la he visto más que allí.

–¿Es de ese género de mujeres que a mí no me gustan?

–Nada de eso, todo lo contrario.

Pero más que entregarme a esta clase de conversaciones indagadoras, solía dedicar a imaginar el paseo de Albertina las fuerzas que no empleaba en hacerlo, y hablaba a mi amiga con ese ardor que conservan intactos los proyectos no cumplidos. Manifestaba tal deseo de ir a ver de nuevo una vidriera de la Sainte-Chapelle, tal pesar por no poder hacerlo con ella sola, que me decía tiernamente:

–Pero, chiquito mío, si eso te hace tanta ilusión, haz un pequeño esfuerzo, ven con nosotros. Esperaremos todo lo que quieras para que te prepares. Además, si te gusta estar conmigo sola, no tengo más que mandar a Andrea a su casa, ya vendrá otra vez.

Pero estos ruegos para que saliera reforzaban la calma que me permitía quedarme en casa.

No pensaba que la apatía de descargarme así sobre Andrea o sobre el chófer del cuidado de calmar mi agitación, encomendándoles a ellos el de vigilar a Albertina, anquilosaba en mí, haciéndolos inertes, todos esos movimientos imaginativos de la inteligencia, todas esas inspiraciones que ayudan a adivinar, a impedir lo que va a hacer una persona. Esto era más peligroso aún porque, por naturaleza, el mun-